

**La evolución
de la idea de Europa
y la Declaración Schuman**

LA EVOLUCIÓN DE LA IDEA DE EUROPA Y LA DECLARACIÓN SCHUMAN

Juan C. Gay Armenteros
Catedrático de Historia Contemporánea
Universidad de Granada

No es una cuestión fácil, o al menos no es una cuestión que tenga una sola y exclusiva dirección. Desde los planteamientos generales hasta los particularismos, o por el contrario, desde las naciones hasta lo que supera ese marco, es algo, con distintas manifestaciones, muy persistente en la historia europea. Quisiera recordarles, sólo a modo de ejemplo, aquel apóstrofe de Dante, a comienzos del siglo XIV, dirigido a los europeos de su tiempo, resumidos en el literario "género humano": "(...) ¡en qué luchas y guerras, en qué tempestades vas a naufragar! Te has convertido en un monstruo de múltiples cabezas y te pierdes en esfuerzos contradictorios (...)"

El hecho es que la historia europea de los últimos cuatro siglos viene caracterizada por esos "esfuerzos contradictorios" que recordaba Dante, pero con un triunfo casi hasta nuestros días de un auténtico protagonista de esta historia, la nación Estado. La mayoría de la literatura sobre la idea europeísta, y estoy pensando en Henri Brugmans, pero también en Paul Bastid, Pascal Fontaine, Dedman, Poidevin, etc. y bastantes de los protagonistas que más adelante citaré, está a punto de caer en la tentación de considerar lo que algunos de ellos consideran la "época nacionalista" de Europa como una especie de *desviación* o de *error histórico* frente a las construcciones supranacionales que habían existido, o que se habían intentado crear, y habían fracasado frente al auge de las naciones o sucumbido por los conflictos provocados por las propias naciones. Así que no es extraño que para esta literatura las tesis del abate St. Pierre, expuestas en su libro *Memoria para devolver la Paz perpetua a Europa* de 1713, constituyan unos de los primeros aportes contemporáneos de lo que el europeísmo ha venido a significar en el siglo XX, y espero que en el XXI: un determinado concepto de federalismo, que yo creo más exactamente debe denominarse cualquier tipo de construcción supranacional favorece la paz frente a los enfrentamientos nacionales. Es una idea no

única de St. Pierre, que podemos hallar igualmente en Sully o William Penn, entre otros. Y de hecho uno de los primeros *internacionalismos* laicos, que superaban el marco de las naciones, fue el cosmopolitismo intelectual de la mayoría de los ilustrados, capaces de crear una comunidad de pensamiento e ideas más allá de los marcos nacionales y que en bastantes de ellos eran francamente una *cultura europea*. Pero ya sabemos que en las generaciones creativas y bulliciosas de los intelectuales ilustrados el utopismo, como realidad posible, está siempre presente: en muchas ocasiones se trata de superar las miserias del hoy para establecer la sociedad ideal, y esa sociedad es un nuevo mundo en el que la supresión de las naciones da lugar a un estado idílico, en el que no sólo hay abundancia material, progreso y civilización cultural, sino sobre todo paz. Es la edad de oro a la que aspiraba Voltaire en su concepción de la historia, pero también nuestro Pablo de Olavide, por citar algunos nombres bien conocidos.

La cultura europea heredera de este cosmopolitismo, que más tarde se reelaboró como internacionalismo, supranacionalismo o incluso federalismo, más allá de formulaciones concretas incluso ideológicas, asumió como uno de los legados más importantes del progreso humano el pacifismo, ligado, ya digo, a estructuras más allá de las naciones. Fue una aportación persistente, que a través el siglo del nacionalismo por antonomasia y que quedó como débil testimonio de protesta e inquietud, cuando se pensó que se cerraba el mapa nacional de Europa en Italia y Alemania. Y para estos pacifistas que no creían en las naciones, o mejor que pensaban que las naciones eran un tipo de organización política y social a superar, la I Guerra Mundial acabó siendo la demostración de lo evidente y reiterativo: *“La presente guerra es la condena de la unidad europea impuesta por la fuerza de un imperio ambicioso; pero también es el esfuerzo sangriento para elaborar una forma política de orden superior. Esta debe ser fruto de los esfuerzos de hombres convencidos de que sólo las cosas posibles arraigan y se realizan y surgirá de los esfuerzos dirigidos, no a colocar máscaras que falseen la verdad, sino a ideales concretos, sanos, posibles históricamente”*, escribía en enero de 1918 Luigi Einaudi.

Las líneas de Einaudi simbolizaban un legado antiguo, pero al mismo tiempo la realidad impondrá tendencias contrapuestas: por un lado, la reordenación europea tras la guerra se realizó con una lectura estrictamente nacionalista, si ustedes quieren radicalmente nacionalista, tanto por parte de los vencedores, como

de la reestructuración del espacio Centro y Este Europeo. Pero también es cierto, y de esto no nos debe de quedar ninguna duda, la guerra significó, entre otras cosas, el principio del fin de la Europa de las naciones dominadora del mundo. Una derrota sin paliativos desde el punto de vista económico, político y estratégico. Así que las iniciativas para superar a esa Europa de las naciones surgirían desde todos los ángulos. Dispersas con frecuencia, pero de una elocuencia creciente en el periodo de entreguerras.

En efecto, si se repasa lo que llamaremos, para evitarnos problemas, el europeísmo de esta etapa lo hallaremos en iniciativas empresariales superadoras de las economías nacionales, en reflexiones que enlazaban con el diagnóstico que había hecho del capitalismo Lenin, aunque ideológicamente nada tuvieran que ver con él, tal es el caso de Francis Delaisi, que en un trabajo titulado *Las contradicciones del Mundo Moderno* hablaba ¡en 1925! de la mundialización de la economía, de la falta de sentido de las economías nacionales. La cita, reproducida por varios autores, podría servir de paradigma de la falta de sentido nacionalista:

“Consideremos la jornada de un burgués de París hoy. A la mañana, cuando se despierta, se lava con jabón (fabricado con cacahuete del Congo) y se seca con una toalla de algodón (de Louisiana). Después se viste: su camisa y su cuello son de lino de Rusia, su pantalón y su chaqueta de lana traída de Cap o de Australia; adorna su cuello con un corbata de seda hecha con capullos de seda del Japón; se pone zapatos, cuyo cuero fue sacado de la piel de un buey argentino, y curtido con productos químicos alemanes (...). Al final, después de haber cenado en un cabaret caucasiano, a los sonos de una jazz-band negra, los esposos Durand vuelvan a su casa. Y el señor Durand, cansado de un día tan completo, se duerme bajo su edredón (de plumas de pato noruego), soñando que decididamente Francia es un gran país, que se basta a sí mismo y puede reirse del resto del universo (...).”

La guerra fue un cúmulo de fracasos (toda guerra siempre lo es) de las naciones, que además habían desarrollado el imperialismo, pero también de aquellos movimientos sociales que tenían, desde siempre, en su núcleo ideológico el internacionalismo y no supieron superar el marco nacional en el gigantesco conflicto. Tal fue el caso del socialismo que, no obstante, intentará reflexionar lo que estaba ocurriendo en aquellos años veinte, además, claro está, de lo que estaba suponiendo la revolución soviética. Edo Fimmen llegó a la conclusión de que había que entender mejor la naturaleza del sistema capitalista y dirigir el combate desde donde había que hacerse, en el terreno de las grandes concentraciones

empresariales y financieras, verdadero internacionalismo capitalista. Otro socialdemócrata, Herman Kranold, partía del diagnóstico certero de la derrota y decadencia económica de Europa y se convertía en profeta al hablar de un "mercado común" y de la "unión federal de los países europeos". Y en la afanosa búsqueda de nombres europeístas desde la izquierda de los años veinte, cosa que no es fácil, el de Vladimir Woytinsky, otro alemán, que en 1927 publicó un trabajo con el rutilante título *Los Estados Unidos de Europa*, coincidente con su colega Kranold en el diagnóstico, aunque las causas aparecen más complejas: "La desgracia de Europa, el origen de su debilidad económica, es la maldita herencia de su historia milenaria que la ha dividido y herido de muerte. La fortuna de América, el origen de su fuerza, proviene del hecho de que dispone de las mismas condiciones de desarrollo que Europa, sin tener el peso de su herencia histórica". Pero poca cosa más en esta corriente de izquierda, que salía del desconcierto profundo de 1914, que debe repensar su estrategia y su propia ideología ante el acontecimiento de 1917 (recordemos la estremecedora pregunta de Lenin a Fernando de los Ríos "¿Libertad para qué?") y que, por si faltaba poco, deberá enfrentar fenómenos de dura asimilación en la misma década de los veinte: la crisis de 1929, el ascenso imparable del fascismo, primero, y del nazismo después. Todo esto dejaba poco margen al socialismo para elaborar un porvenir supranacional. El enfrentamiento de los problemas cotidianos y de los fenómenos antedichos explica muchas cosas de la izquierda europea de entonces.

De este modo, la idea de Europa en su sinuoso transcurrir quedará reducida a algunos activistas, intelectuales y algún que otro político, movido por el oportunismo y el convencimiento. Pero reflexionemos brevemente: tras el utopismo supranacional de la Ilustración, el siglo del nacionalismo aportó poco al proyecto, por pura lógica histórica, y sólo la primera catástrofe mundial y las transformaciones "mundializantes" del capitalismo pusieron la cuestión de una Europa que debía superar el marco nacional sobre la conciencia de algunos hombres.

El conde Richard Coudenhove-Kalergi, Aristide Briand y diversos intelectuales ligados a la filosofía rupturista del viejo liberalismo, que no sabía frenar al nazismo e ignoraba la revolución soviética, promovedores de lo que ellos querían que fuese una auténtica alternativa en aquellos tiempos, los podemos considerar

como depositarios de un cierto concepto de Europa, más allá de una mera identidad cultural.

Sus biógrafos destacan de Coudenhove-Kalergi su carácter de "fronterizo", con una educación no nacionalista y, en este sentido trazan paralelismos con Robert Schuman y Alcide de Gasperi. Fue el fundador del movimiento Pan-Europa, un agitador del europeísmo, pero que las circunstancias y la escasa concreción del pan-europeísmo de este aristócrata de viejo Imperio le impidieron llegar a las masas. El movimiento Pan-Europa, por el pensamiento de su fundador, acertó como otros en el análisis de la presente situación europea, pero las propuestas alternativas no dejaban de ser vaporosas apelaciones al autonomismo, al federalismo e incluso a la confederación. Por cierto que para este centroeuropeo de fronteras en los años veinte el espacio europeo prescindía del Reino Unido y de la Unión Soviética. Las razones entonces eran más o menos obvias, pero perturbadoras en lo porvenir: la Gran Bretaña era entonces un imperio, impensable de asimilar a cualquier proyecto de unión europea y la Unión Soviética otro mundo.

De Briand se han dicho demasiadas cosas, pero lo que nos interesa aquí es su clara percepción de la realidad: "(...) *¡Confederación! Esta es la palabra que debe servirnos de faro. Una confederación europea sería el verdadero medio de asegurar la paz. La Sociedad de Naciones es demasiado amplia y demasiado débil. Los tratados de Locarno son demasiado restringidos y están muy ligados a los malos tratados de paz de 1919. ¡Pero Europa! Los 27 Estados europeos, unidos en los terrenos económico, aduanero, militar; ahí está la salvación*". Esto lo confesaba en 1928. Teniendo en cuenta esta confesión, no tiene nada de particular que su colega alemán Gustav Stresemann le apoyara en ir más lejos que Locarno, en vaciar de contenido unos tratados de paz, nacidos del nacionalismo radical encarnado en Poincaré y Clemenceau. La declaración del ministro francés apelaba a los "lazos federales" entre los pueblos de Europa: "(...) *estos pueblos deben tener en todo momento la posibilidad de entrar en contacto, de discutir sus intereses, de tomar decisiones comunes, de establecer entre ellos un lazo de solidaridad que les permita hacer frente, en un momento dado, a circunstancias graves, si llegan a producirse*".

El planteamiento de Briand estaba claro y confuso a la vez. Briand retoma el pacifismo heredado de las formulaciones anteriores y concretado en el europeísmo. Esto, para uno de los protagonistas de Locarno, era una posición coherente para rebajar

la tensión, especialmente con Alemania y para establecer unas bases más sólidas de coexistencia en el continente. La propuesta europeísta de Briand era una estrategia pacifista, pero su idea de Europa apelaba a declaraciones sin concretar y en esto coincidía con el fundador del movimiento pan-europeo: propuestas constructoras de Europa tan vagas, que se perdieron en una época de crisis y confusión. Por eso sería injusto, como con demasiada frecuencia se hace, achacar el pronto fracaso de la propuesta *federal* de Briand a su propia inconsistencia y se pueden resumir con brevedad los formidables obstáculos a los que se enfrentó: el principal apoyo del político francés estaba, ya lo he dicho, en Stresemann, que desgraciadamente murió pronto, sin poder influir en la política de Berlín hacia las tesis *federales* del ministro francés; pero es que el propio Briand entró en un proceso acelerado de decadencia física y política a comienzo de los años treinta. Maurois percibió bien la circunstancia: "*En los pasillos se dice de Briand: No sabe irse. Si se hubiera ido, ¡qué triunfo! Hubiera sido el jefe de las izquierdas. Pero no se atreve; se siente demasiado viejo. Tendría miedo de no volver más, y no puede resignarse a la inactividad. Sus colegas cuentan que se duerme durante las sesiones del Consejo de Ministros. ¿Uremia?*". Añadamos la posición del Reino Unido, en avance de un eterno debate que llega hasta nuestros días, pero que entonces es comprensible en una, todavía, primera potencia vencedora e imperial. Los británicos rechazaron las apelaciones de Briand. Sumemos la crisis económica iniciada en 1929, la peor del capitalismo hasta entonces, para entender que ningún tipo de propuesta supranacional llegaba en un momento adecuado y ya sabemos que la crisis no sólo levantó más las barreras aduaneras entre los países, sino que excitó la exacerbación del nacionalismo. En aquellos tormentosos meses, Emil Ludwig hizo una reflexión inapelable y que desgraciadamente sigue siendo válida en los umbrales del siglo XXI: cuando Hitler había alcanzado el poder, Ludwig comentó que los demonios del nacional-socialismo habían nacido de las profundidades mismas del nacionalismo. El pobre Briand, en estas circunstancias, no podía obtener indulgencia para sus ideas sobre Europa, ni siquiera para su persona, y los políticos de la III República lo arrumbaron en sus pretensiones de ser Presidente de Francia.

La idea de Europa seguía estando donde estaba, entre las estrategias *federalistas*, por llamarlas de algún modo, y el pacifismo como instrumento para superar las catástrofes ocasionadas por las

naciones. E incluso las turbulencias de la época la empujaron (a la idea) al reducto de la reflexión y debates intelectuales. Será en París, todavía mantenedora de la primacía en muchos campos de la intelectualidad, como lo entendieron algunos españoles, entre ellos Manuel Azaña, donde el debate entre lo que entonces se denominaba la crisis del liberalismo y la democracia y el ascenso del fascismo y el estalinismo iba a ser intenso: revistas como *Esprit*, *Ordre Nouveau*, *Plans*, etc y escritores como Denis de Rougemont, Robert Aron, Philip Lamour, Pierre Olivier o Emmanuel Mounier, entre otros, mostrarían su perplejidad y esbozarían nuevas vías para evitar un presente poco apetecible, en el que el viejo liberalismo individualista era equivalente al totalitarismo creciente, como Denis de Rougemont expresó: "*Con el polvo de los individuos se construye el cemento de los Estados totalitarios*".

Es verdad que en muchos de estos intelectuales hay planteamientos organicistas o integralistas, como el *personalismo* de Mounier, pero sus críticas, a veces muy radicales, no sólo al totalitarismo, sino a un liberalismo miope, que para alguno de ellos se había dejado secuestrar por el nacionalismo, les llevaba a apelaciones de solidaridad supranacional. El mundo del futuro superaría aquellas miserias del presente para desembocar en marcos continentales y mundiales. En definitiva, nuevas realidades más allá de las naciones. Por eso esta intelectualidad parisina de entreguerras puede ser considerada como la más exacta continuadora de los ilustrados, a pesar de que esta aventurada afirmación mía hubiera podido provocar en alguno de ellos un rechazo absoluto. No es una continuidad lineal, sino porque a su manera también son utópicos de una nueva Europa.

Para los paneuropeístas y para muchos de los intelectuales antes citados la II Guerra Mundial fue la demostración clara de lo que venían preconizando: la debilidad del liberalismo democrático procedente del siglo XIX y, en consecuencia, el triunfo del totalitarismo nazi. Pero resultaba que, independientemente de las ideas del propio Hitler, muchos nazis, la propaganda del régimen y los colaboracionistas creyeron ver una nueva época en la historia de Europa y se hablaba de una "Comunidad Económica Europea". Y cuando la Unión Soviética se convirtió en uno de los objetivos fundamentales de la Alemania nazi, la propaganda de los colaboracionistas arreció y en los regímenes satélites y amigos, como el de Franco, por ejemplo, empezó a hablarse de la "salvación" de la Europa Occidental o simplemente cristiana, dándose una

identidad precisa a esa Europa dominada por la ideología totalitaria. Nunca fue más europeísta el vocabulario y literatura nazis que en esta época de triunfo, dominación y enfrentamiento al comunismo.

Sin embargo, por encima de este europeísmo coyuntural quiero insistir en el de algunos colaboracionistas más o menos resignados. *“No eran necesariamente los oportunistas, ni los malos patriotas, ni mucho menos los hombres poco inteligentes, los que en el momento del desastre se interrogaban con la mayor incertidumbre sobre las razones profundas del drama”*—ha escrito Brugmans—. Habiendo vivido, a veces muy de cerca, la vida pública de sus países y la incapacidad de los gobiernos para combatir la crisis económica, sacaban como conclusión quizás demasiado precipitada que, de todas maneras, el *antiguo régimen* parlamentario, con sus partidos y sus grupos de presión anárquicos, pertenecían al pasado. Ante esa constatación algunos experimentaron incluso un auténtico alivio, casi una liberación, con el nacional-socialismo. Al fin se había acabado con las inoperantes discusiones. Al fin se encontraban en plena historia. Al fin podrían actuar”. Quizás sea este el drama falaz de todo colaboracionista, el considerarse protagonistas de la historia en las “nuevas etapas”, cuando en realidad acaban siendo tristes corifeos de un nuevo imperio. Es lo que le pasó al socialista belga Henri de Man, al *rexista* Pierre Daye o al mismísimo Francis Delaisi, seducido por las tesis del “espacio vital”, que finalmente podrían concretar el ansiado mercado de consumidores y trabajadores.

Frente a la Europa dominada por los nazis, sólo quedaba el refugio de Gran Bretaña, donde surgiría en los años de la guerra y de la inmediata post-guerra lo que me atrevo a calificar como europeísmo coyuntural, pensado para el continente en el momento de la derrota de Hitler y, más adelante, frente a lo que acabará siendo el bloque soviético. En este sentido llama la atención el libro de 1944 de Edward Hallet Carr *Conditions of Peace*, como ejemplo de lo que acabo de decir: partía de las condiciones concretas que iban a encontrar los ejércitos aliados después de la victoria. En ese momento todo debería ser reorganizado y repensado, pero no para tal o cual país, sino para Europa como un todo. Los Estados nacionales habían dejado de existir y habría que establecer autoridades europeas especializadas para los problemas planteados. Y allí Paul Henri Spaak concretó en 1942 las ideas fundamentales de lo que, andando el tiempo, sería el Benelux.

En la Inglaterra de estos años se hablaba mucho de federalismo, al que incluso se le llegó a considerar uno de los pilares de la paz en Europa. Churchill y sus amigos insinuaron una *Nueva Commonwealth* para el continente y esto creará muchas esperanzas. Mejor dicho muchos espejismos y un tremendo equívoco entre muchos de los defensores de la idea de Europa en el continente. Durante mucho tiempo consideraron que Inglaterra lideraría la Europa supranacional. Que la Europa federal, en un sentido laxo, era imposible sin los británicos y les costó “sangre, sudor y lágrimas”, si me permiten la expresión, convencerse de que el europeísmo de Londres era una simple táctica organizativa para la postguerra, tal y como lo había expuesto Carr, sin la menor intención de implicarse en un proceso pensado para otros, pero no para ellos ni para la Commonwealth. Este espejismo británico de muchos europeístas duró bastante, como digo, y también creó algunas injusticias históricas. Si la Jerusalem de Europa estaba en Londres, se prestó poca atención a las elaboraciones de otros sitios y yo diría que incluso se las menospreció como poco posibles por su escaso peso, al fin y al cabo siempre ha existido si no el espejismo, sí la seducción del poder.

Será el caso de un grupo de antifascistas italianos, del que destacará la poderosa personalidad de Altiero Spinelli, fundadores del Movimiento Federalista Europeo, y a los que hay que reconocer una clarividencia importante. No hace muchos meses acaba de aparecer un importante estudio sobre Spinelli por parte de Daniele Pasquinucci, en el que se resalta no sólo el europeísmo de este enemigo del fascismo, sino cómo en Spinelli Europa y democracia son los elementos sobre los que había que montar el futuro. Quiero poner énfasis en esto porque hasta ahora sólo de manera confusa se habían unido los presupuestos democráticos al europeísmo, primando, como hemos visto anteriormente las estrategias pacifistas o defensivas, o de equilibrio frente a otros bloques, que es lo que pasará cuando se establezca la Guerra Fría. Así que esto es un mérito temprano de Spinelli y también de Ernesto Rossi: *“Solamente una Unión federal permitirá la salvaguardia de las instituciones democráticas, de tal modo que impidan que los países que no tengan la suficiente madurez política pongan en peligro el orden general. Sólo una Unión federal permitirá la reconstrucción económica del continente y la supresión de los monopolios y de las autarquías nacionales (...).”* Así se expresarán estos luchadores italianos que, con toda justicia, deben estar entre los pioneros de la

concreción de la unidad europea. Además Ariane Landuyt, otra historiadora italiana, ha puesto de manifiesto otra circunstancia a tener en cuenta, y que durante mucho tiempo ha quedado sin la debida atención, una vez más por el dichoso espejismo británico: países como Italia, cuya formación nacional es tardía y débil, harán del europeísmo, frente a la grandilocuencia fracasada del fascismo, un elemento de su propia identidad. Esto es lo que supieron ver con clarividencia los autores del Movimiento Federalista Europeo, Spinelli y otros. También fueron ellos los que pusieron más interés que los anglosajones en unir a la izquierda socialista al carro europeísta.

La postguerra en Europa vendrá marcada por una serie de elementos a tener en cuenta:

En primer lugar, una nueva y definitiva derrota de Europa después de esta catástrofe, pero una derrota que ahora sí marca la decadencia definitiva del Reino Unido, lo que supondrá para muchos un incremento exagerado de lo que he denominado el espejismo británico. Si ya el Reino Unido no era el imperio indiscutible y ni siquiera estaba en condiciones de atender a sus responsabilidades mundiales, parecía evidente que ahora estaba en condiciones de liderar un proceso unitario europeo, auténtica tercera vía entre EE.UU y la URSS. Esta apreciación pareció confirmarse entre 1946 y 1947, pero acabó siendo, ya digo, un auténtico espejismo, que posiblemente retrasó las cosas.

El primer paso que parecía empujar en el sentido antedicho fue el tratado de Dunkerque entre el Reino Unido y Francia, primer pilar de una Unión Occidental de Defensa, ya que pronto se le unirían los países del Benelux y que hasta la fundación de la OTAN en 1949 fue la esperanza de una determinada política europea impulsada por Inglaterra. Más adelante vino el Plan Marshall, que por pura funcionalidad animaba el establecimiento de agencias europeas para canalizar los fondos del citado plan y, aunque en la ocasión no puede hablarse de europeísmo y menos aún de federalismo, la dirección era la misma. Incluso parecía apuntalar los elementos anteriores el establecimiento de la Alemania Occidental, en las zonas ocupadas por las potencias occidentales, un nuevo país para salir de los desastres de la guerra y en la órbita de los proyectos de Marshall. He escuchado al historiador francés Jacques Valette que fueron los franceses los que descubrieron e hicieron políticamente a Adenauer, el primer canciller de la nueva Alemania del Oeste, me cuesta trabajo creerlo, pero de ser así los

cimientos del eje París-Bohn son más profundos de lo que se cree. Naturalmente en todas estas circunstancias hay un hecho histórico del que no puede prescindirse, entre 1947 y 1949 el telón de acero se echa inexorablemente y la Guerra Fría llenará toda una época de Europa y el mundo. Y esto también parecía inicialmente favorecer todo el proceso supranacional en el continente.

Teniendo en cuenta lo anterior, se comprende mejor la reactivación del movimiento federalista europeo y un cierto protagonismo británico, que intensificaría mucho eso del espejismo al que he hecho alusión. Hay que decir que esta reactivación se enmarca a partir de 1946 en el pragmatismo y en esa especie de tercera vía entre norteamericanos y soviéticos. La primera manifestación federalista tendrá lugar en Hertenstein (Suiza), haciendo una manifestación a todos los pueblos de Europa "fuera cual fuese su régimen social". Pero el congreso más importante tendría lugar en Montreux, donde se afirmaría la Unión Europea de Federalistas, y donde los italianos (Spinelli y sus amigos) presionarían para sobrepasar el pragmatismo funcionalista existente y profundizar en la definición política de futura unión de Europa. Y al mismo que se fortalece el movimiento europeísta, Churchill convierte a la Gran Bretaña en el gran padrino de la Europa que parecía iba a nacer: en un discurso pronunciado en la universidad de Zurich habló de la formación de un Consejo de Europa, de que Alemania y Francia debían asumir la dirección y que Inglaterra y la Commonwealth serían los padrinos. Todavía fue más lejos el político conservador, que entonces se encontraba en la oposición, fundó en Londres el United Europe Committee, lo que estimuló el desarrollo de movimientos políticos europeístas en la mayoría de los países, muy dispersos y con poca conexión entre sí, de modo que a finales de 1947 se creó en París un "Comité de Coordinación de los Movimientos a favor de la Europa Unida", que agrupó a la mayoría de ellos (unicamente el viejo movimiento de pan-Europa de Coudenhove-Kalergi prefirió conservar la independencia).

De esta efervescencia surgiría el Congreso Europeo de La Haya, en mayo de 1948 y en octubre de ese mismo año el Comité de Coordinación pasó a denominarse "Movimiento Europeo", con pleno protagonismo de los conservadores británicos. El Congreso de La Haya fue importantes por tres razones: en primer lugar, por el eco que tuvo en medios políticos e intelectuales de la mayoría de los países occidentales europeos; en segundo lugar, fue un Congreso de

orientación marcadamente conservadora, a pesar de lo que diga determinada historiografía, en el que el peso de Churchill y lo que significaba fue grande; en tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, las disputas entre los denominados federalistas y unionistas, y entre las distintas concepciones del federalismo se pusieron de manifiesto de forma evidente.

He hecho referencia en diversas ocasiones a lo que he denominado el espejismo británico para muchos europeistas de estos años, en la creencia de un patrocinio británico de una determinada idea de Europa. Esto lo manifestó explícitamente Churchill cuando todavía no había vuelto a dirigir el gobierno inglés. Pero este espejismo británico también existió en sentido contrario: los laboristas se negaron a acudir al Congreso de La Haya, al que consideraron, tal vez demasiado a la ligera, un tinglado de sus oponentes conservadores, y esto también tuvo su reflejo en la izquierda europea en general, aunque de forma menos radical que los socialistas de las islas.

También hay que decir que desde este Congreso de La Haya la idea de una Europa unida, fuera como fuese en cuanto a sus mecanismos pero con la democracia como telón de fondo de su sistema político, acabó por convertirse en el acervo ideológico de los luchadores emigrados de países no democráticos, como ocurriría con los representantes de los países del Este, en los que se había producido la versión estalinista del internacionalismo proletario, un sucedáneo del puro imperialismo moscovita, pero también de España, en cuyo nombre participaron, entre otros, Indalecio Prieto en la sección política y Salvador de Madariaga, heredero del pacifismo supranacional y ahora en La Haya del cosmopolitismo cultural e intelectual iniciado con la Ilustración.

De este Congreso saldría la idea de una Asamblea representativa que, como es natural, pondría de manifiesto las distintas versiones de federalistas y unionistas, desde las aspiraciones corporativistas de los más conservadores hasta los que querían únicamente la implicación de los ciudadanos, acusados por los primeros de "jacobinos". Y una vez más se dejó de lado la propuesta de los federalistas italianos (Spinelli) más radicales, pero también más coherentes que los británicos, de convocar una Asamblea Constituyente de Europa.

La consecuencia más importante del Congreso de La Haya sería la movilización del Movimiento Europeo en torno a los respectivos gobiernos para la formación del Consejo de Europa, al

que se llegaría en mayo de 1949, un año después del Congreso. En todo este proceso se acentuó la división entre laboristas y conservadores británicos respecto la cuestión de Europa y acabaría poniéndose de manifiesto cuánto de espejismo tenía la actitud británica en su conjunto. Francia acabó liderando el proyecto de Consejo de Europa y Estrasburgo acogería la reunión de la primera Asamblea el verano de 1949 (los delegados se colocaron en orden alfabético para evitar problemas políticos engorrosos de partidos que no existían en todos los países, etc). Y yo destacaría dos aspectos fundamentales de estas sesiones iniciales: por un lado, se acentuaba de forma definitiva, desde un punto de vista ideológico, la democracia y los valores democráticos como elementos fundamentales del europeísmo, al recomendarse la creación de un organismo europeo encargado de asegurar *"la salvaguardia y el desarrollo de los derechos del hombre y de las libertades fundamentales"*. En segundo lugar, la Asamblea consideraba como uno de los fines fundamentales del Consejo de Europa la creación de una autoridad política europea. Y aquí es donde acabó triunfando definitivamente el funcionalismo, al asumir el Comité de Ministros las funciones y más que funciones de la citada autoridad, quedando la Asamblea como algo puramente testimonial.

Al Consejo de Europa se llegó clarificando algunas cosas, pero dejando sin definición otras muchas y esto plantearía el para qué del propio Consejo, una vez pasados los primeros meses de entusiasmo. La verdad es que llevaba razón Spinelli y sus amigos, al considerar que en el Consejo de Europa se estaban dejando de lado las cuestiones fundamentales de definición política europea, pero una vez más no fueron escuchados en plena efervescencia del espejismo británico, de modo que lo del federalismo europeo, tal y como estaba siendo planteado por los amigos de Churchill, no era sino una fraseología anodina y un tecnicismo sin brillo, y en esto estará una de las razones de la decadencia del Consejo, evidente ya en 1950. Pero si desde la derecha británica se vaciaba de contenido la idea europea, desde la izquierda, también británica, tampoco se aportaba gran cosa: en los inicios de la Guerra Fría el laborismo se embarcó en otro tipo de definiciones y construcciones, como fue la del Estado del Bienestar. Es verdad que tuvieron éxito y durante mucho tiempo el Reino Unido fue el espejo en el que se miró la socialdemocracia europea al respecto (política de empleo, servicio de salud universal, etc), por lo menos hasta comienzo de la década de los ochenta en que Thatcher prácticamente puso fin al invento. Pero

como se quejaba Denis de Rougemont, uno de los primeros desengañados del espejismo británico: *"Para ellos (los laboristas) no hay más que un solo problema: la política de pleno empleo; un solo método: estatizar las industrias; un solo país que haya sabido hacerlo: la Gran Bretaña, y éste país no es europeo"*.

Junto a todo esto hay un marco que pesará como una losa en la Europa de comienzos de la década de los cincuenta: se definen los bloques en la lógica de los tiempos, y en esa definición la tercera vía estratégica que se había insinuado desde Londres para Europa quedó en nada. A la hora de las resoluciones, los británicos escogieron a los EE.UU, iniciando una política de seguidismo, que ha permanecido invariable hasta nuestros días, y lo interesante del caso es que el mismo que había coqueteado con el europeísmo y levantado todas las expectativas antes comentadas, Winston Churchill, en su última llegada al puesto de Premier, sería el encargado de concretar el seguidismo británico hacia los americanos, a través de una fórmula ambigua, la de las "especiales relaciones" entre los países anglosajones.

Esta retirada europea de Gran Bretaña, que tanto desconsuelo dio a muchos europeístas coincidirá, no obstante, ya que no creo que provocara como elemento de causa, coincidirá, digo, con el aseguramiento de la Alemania Federal como país democrático, auténtica alternativa al otro bloque, y con el renacimiento económico en Europa Occidental gracias a la formidable inyección financiera del Plan Marshall. Estaba claro que Europa había de hacerse sin Gran Bretaña. Para muchos eso era una "Pequeña Europa", pero había que replantear el europeísmo sobre la Europa continental. Y es aquí donde encajará Robert Schuman, pero también Jean Monnet, porque, a veces, no parece que se pueda entender a uno de los padres de Europa sin tener en cuenta al otro. El propio Schuman en el n° IV de *Les Cahiers de Bruges* hacía esta semblanza de Monnet: *"Monnet es uno de esos franceses nacidos en provincias. De París nos vienen pocos franceses típicos, dinámicos; la ciudad mundial despersonaliza a los hombres y los cuadros nuevos llegan siempre de las provincias, de esas reservas de hombres y tradiciones. Las dos guerras mundiales le dieron una vocación internacional. Ha estado sucesivamente al servicio de varios gobiernos aliados, desde la Primera Guerra Mundial, y después en la Sociedad de Naciones. Lo que le caracteriza, lo que le distingue de tantos hombres con mentes inventivas es que él no se limita a concebir y a lanzar ideas para*

abandonarlas después a su suerte, sino que las pone en marcha, y asume él mismo su parte de responsabilidad en la aplicación de los planes que ha elaborado".

De Schuman ya se ha dicho antes que era un hombre fronterizo, lo que le capacitaba para entender bien el problema de Alemania. Si Jean Monnet elaboró un proyecto, técnico desde luego, Robert Schuman le dio a ese proyecto un lenguaje político, lo hizo cosa suya y colocó a Francia en el lugar que antes se había querido ver a Inglaterra para el impulso de la idea unitaria de Europa. Quiero añadir, antes de proseguir, que al menos hay que tener presentes en las paternidades de esta "pequeña Europa", junto a Monnet y Schuman, a Adenauer y Alcide de Gasperi.

La Declaración Schuman de 9 de mayo de 1950 arranca de lo que formaba parte desde hacía mucho tiempo del pensamiento europeísta, el pacifismo: *"La paz mundial no puede salvaguardarse sin unos esfuerzos creadores equiparables a los peligros que la amenazan"*. Y el esfuerzo creador más importante que se propone es superar el enfrentamiento entre Francia y Alemania, causa, desde 1870 al menos, de las grandes crisis de Europa y el mundo. ¿El medio? Pragmático y efectivo: *"(someter) el conjunto de la producción franco-alemana de carbón y de acero a una alta autoridad común, en una organización abierta a los demás países de Europa"*. Algo abierto, como se ve, pero teniendo el tronco común franco-alemán como motor y germen de la organización, y semilla de lo que andando el tiempo será el eje famoso sobre el que muchas veces descansará la Comunidad, primero, y la Unión, después. No obstante, me gustaría destacar, frente a algunas críticas fundamentalistas, que la propuesta de Schuman no pierde el objetivo de paz e integración a los demás: *"Mediante la puesta en común de las producciones básicas y la creación de una alta autoridad de nuevo cuño, cuyas decisiones obligarán a Francia, Alemania y los países que se adhieran, esta propuesta sentará las primeras bases concretas de una federación europea indispensable para la preservación de la paz"*. Esta declaración explícita de más amplios objetivos creo que da todo el contenido político de la declaración.

Hoy, que estamos acostumbrados a larguísimas negociaciones para fijar el precio de las lechugas y los tomates, sin duda se nos pasa la importancia del viraje que se estaba produciendo en la historia de Europa en 1950, con una guerra que no hacía mucho tiempo había terminado y con la mentalidad

todavía de muchos de estar pensando en un castigo, esta vez definitivo, hacia Alemania. Como dice algún historiador, el plan Schuman va a suponer negociaciones de nuevo estilo: las delegaciones no se trataban ya como adversarios, sino como socios de negocios y compañeros de un mismo equipo. Once meses después de este punto de partida, el 18 de abril de 1951 se firmaba el tratado que creaba la CECA, con la filosofía inicial de la Declaración Schuman: una Alta Autoridad, responsable ante un Parlamento Europeo y operando en un cuadro jurídico controlado por un Tribunal de Justicia. Es verdad que todo esto seguía siendo compatible con la representación de los gobiernos nacionales, mereciendo la crítica de los federalistas radicales, que vieron en esta coexistencia la mezcla entre funcionalismo y federalismo presente en el proceso de construcción europea. Pero, me parece que en principio se daba un salto importante que iba más allá de lo que suponía el Comité de Ministros del Consejo de Europa, surgido bajo la sugestión británica. El año 1950 no sólo vio nacer la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, sino que será el origen de una serie de proyectos, que no todos van a fructificar, como la Comunidad Europea de Defensa (plan Pleven), pero que acabarán desembocando en los Tratados de Roma.

El apartamiento británico ya sabemos a que se debió, en términos generales, fue largo y todavía tiene sus consecuencias, pero esto responde a una historia posterior.

Permítanme una reflexión última: para muchos, este siglo XX que ahora termina ha sido un siglo corto y de cambios importantes. Corto porque, para los que así opinan, en realidad arranca en 1945, tras la II Guerra Mundial, la derrota de Europa y de los viejos conceptos del estado-nación. Así que lo supranacional y la globalización constituyen la última expresión, que da todo su valor a esta centuria. Pero la lectura histórica puede ser distinta. La revolución industrial fue el motor o fue impulsada, según los casos, con el desarrollo del nacionalismo y la configuración de los mercados nacionales. La delimitación de estos mismos forjaría el mayor o menor peso de la burguesía y la mayor o menor importancia de la legitimación del concepto de la nación y del Estado, así por ejemplo la tardanza y dificultades en la configuración de un mercado nacional en España explicaría bastantes cosas sobre el nacimiento de nacionalismos periféricos en nuestro país, así como la fragmentación de la burguesía. Pero esto también ocurrirá en otros sitios. La nación no sólo es hija de la

revolución burguesa, porque le debe tanto o más al mercado nacional, y viceversa.

La superación del mercado nacional en el siglo XX, primero con el imperialismo y en nuestro días con la globalización de la economía, de las comunicaciones, de la informática, ha roto no sólo los bloques de la Guerra Fría, sino que para muchos ha dejado sin sentido a las viejas naciones-Estado y sus mercados nacionales. La construcción de Europa ha encontrado su sentido por encima de las viejas naciones, pero también creo que se ha tropezado con algunos peligros evidentes, de los que me gustaría destacar, al menos, dos: por un lado, reducirlo todo al mercado, a ese nuevo mercado continental y mundial, que ha sustituido al mercado nacional, como paradigma de la economía globalizada, y posiblemente muchas de las críticas hacia la "tecnocracia" de Bruselas en ese alejamiento del hombre y sus problemas en aras de la economía de grandes, enormes, cifras. Por otro lado, se ha pensado que la superación de las viejas naciones-Estado es irreversible; el mundo globalizado ya no las necesita, y tal vez esto explique el surgimiento de tanto esencialismo micronacionalista por todos lados, del nacionalismo étnico separador y distorsionador. Pero los padres de Europa, que acabamos de mencionar: Robert Schuman, Jean Monnet, Alcide de Gasperi, Adenauer, Paul Henri Spaak, no sólo fueron pragmáticos, que atendieron a la producción del carbón, el acero y más tarde de los problemas agrícolas, recibieron un acervo de derechos fundamentales del hombre y del ciudadano, que ya se habían establecido en las naciones del núcleo originario de la nueva Europa, y será ese acervo el humus político de la construcción europea. Esto es lo que no debemos ni podemos olvidar ante los esencialismos nacionalistas de nuestros días. Los valores y derechos fundamentales de los ciudadanos son universales. Europa será de ellos o mucho me temo que una Europa de patrias, pueblos y soberanías (ahí está el caso británico una vez más o el danés), sólo sería una Europa de insolidaridad, división y ruptura. Un retroceso histórico que no podemos consentir.

BIBLIOGRAFÍA

- BASTID, Paul.: *L'idée d'Europe et l'Organisation de l'Europe*. Milan, 1964
- BRUGMANS, Henri.: *La idea europea, 1920-1970*. Madrid, 1972
- CARR, E. H.: *Conditions of Peace*. London, 1944
- DAWSON, Christopher: *The Making of Europe: An Introduction to the History of European Unity*. London, 1950
- DUMONT, G.F. (ed.): *Les racines de l'identité européenne*. Paris, 1999
- EINAUDI, Luigi.: *La Guerra e l'Unità Europea*. Milano, 1950
- EMERSON, Michael.: *El nuevo mapa de Europa*. Madrid, 1999
- FONTAINE, Pascal.: *Una idea para Europa. La declaración Schuman (1950-1990)*. Bruselas, 1990.
- LANDUYT, A. y PREDA, D.: *I movimenti per l'unità europea, 1970-1986*. 2 vols, Bologna, 2000.
- LANE, Jan-Erik y ERSSON, Svante.: *Política europea: una introducción*. Madrid, 1998
- MAUROIS, Aandré.: *Choses Nues*. Paris, 1963
- MORATA, Francesc.: *La Unión Europea. Procesos, actores y políticas*. Barcelona, 1998
- MORENO JUSTE, Antonio.: "La idea de Europa: balance de un siglo". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, nº 21, (1999), pp. 161-179
- MORIN, E.: *Penser L'Europe*. Paris, 1990
- PASQUINUCCI, Daniele.: *Europeismo e democracia. Altiero Spinelli e la sinistra europea, 1950-1986*. Bologna, 2000

LA IDEA DE EUROPA Y EL CHOQUE CIVILIZATORIO. HACIA UN NUEVO HUMANISMO.

Yolanda Ferrer Fernández
Juan Carlos Cuevas Lanchares
Universidad Carlos III de Madrid

Quando los hombres están en guerra corren extraños rumores y voces
Aquiles a Clitemnestra. Eurípides.
Europa se está construyendo. Esta gran esperanza se realizará si se tiene
en cuenta el pasado; una Europa sin historia sería huérfana y desdichada.
Jacques Le Goff.

El mito. La idea de Europa.

Europa la hija de Agenor, rey de Fenicia, y hermana de Cadmo, rey de Tebas, introductor del alfabeto fenicio en Grecia, estaba dotada de una belleza tal, que Jupiter, prendado, decide robarla. Disfrazado de toro la lleva a Creta, a la parte del mundo que de ella tomaría su nombre, y transformándose en águila consume su deseo, violándola.

Incluso en la génesis de la primigenia "idea" de Europa en el sentido de creación mitológica, vemos como para los griegos belleza y violencia se aunan en un crisol que conforma un todo. Nuestro propio siglo se ha alimentado de los mitos griegos: está presente en sus imágenes políticas, en su literatura, en su arte, en su música ya sea como negación o como reafirmación del pasado. Ningún periodo desde el Renacimiento ha ejemplificado más intensamente la sentencia de Shelley: *todos somos griegos*.

La palabra escrita, la que otorga a la imaginación humana la facultad de narrar, de comprometerse con la memoria, de variar las leyendas, los cuentos, los mitos que componen el alfabeto de nuestra cultura, nos permite comprendernos a nosotros mismos, nos ayuda a ser nosotros mismos. Narrando, nos narramos. Mirar el pasado es mirarnos a nosotros mismos, aún siendo distintos, en otro tiempo y lugar.

Heródoto no identifica al continente con una cultura propia, pero su diferenciación entre Hélade y resto del mundo (incluidos los bárbaros del septentrión europeo) será la primera etapa de una eventual identificación de Europa con un conjunto de valores

culturales¹. Arrancará, así, de esa Hélade el referente del otro para la afirmación de un todavía incipiente concepto.

El historiador británico Sir Moses Finley subraya otra importante influencia greco-romana sobre Occidente: *la invención de la política* tal y como hoy la entendemos. Tanto en las ciudades de la antigua Grecia como en la República romana existieron ya las elecciones, las campañas, los partidos, la propaganda, la captación de la opinión favorable. Si la política se refiere a este gran campo del juego electoral, indudablemente los modelos occidentales provienen de Grecia y Roma.

Durante la época romana no existió un concepto político unitario de Europa, de la que además se hablaba muy poco, César no la nombrará, Virgilio la evoca pasajeramente al igual que Cicerón, Horacio, Salustio, Tácito, Apiano o San Agustín. La batalla de Actium será la metáfora bélica de la victoria de Occidente, con Octavio, frente al Oriente de Marco Antonio.

Será a partir del año 212 cuando todos los hombres libres alcancen la ciudadanía romana. El Imperio era una organizada red de ciudades, de núcleos urbanos que dominaban los campos vecinos. Serán las ciudades las que creen la cohesión, no el ejército. Nadie podía imaginar que en el siglo IX nacería una realidad "¿más próxima a nosotros?", producto de una doble separación, la de Oriente y Occidente. A pesar de ello, el <limes> romano, excelente barrera fortificada en el plano militar, no pudo impedir los contactos humanos y la mezcla de poblaciones. Tras la caída del Imperio Romano las poblaciones latinizadas que conforman lo que hoy llamamos Europa se ven a sí mismas no como europeas, sino como cristianas. Raíces del cristianismo que son judías².

Lucha, combate, configuran el devenir hermenéutico de nuestro acontecer histórico, y de ese *polemos* y de su antítesis, arrancaremos gran parte de la estructura de este ensayo.

Partiremos de un análisis del conflicto, que como pretendida forma natural de relación entre seres humanos, se ha ido configurando como una rama del saber, la *polemología*; dejando en un segundo plano los sujetos tradicionales de la historiografía europea (Estados y naciones) en favor de las comunidades, la cultura, los pueblos, e incluso los individuos.

¹ MEDINA ORTEGA, Manuel: "El desarrollo de la idea europea. De Carlomagno a la Comunidad Europea". *Rev. Sistema*. nº 86-87. Madrid. Nov. 1988

² KÜNG, Hans: *El judaísmo. Pasado, presente, futuro*. Madrid. Ed. Trotta., 1993.

La raíz etimológica del concepto, el *polemos*, la guerra, nos remite directamente al concepto de enemigo como referencia obligada³. Sólo la asunción del otro, entendido como algo radicalmente distinto a nosotros mismos, justifica la "eliminación" del adversario, ya sea ésta física, moral o psicológica. Lo político, como forma de relación humana no consiste en la lucha misma, que tiene sus propias leyes técnicas y militares, a pesar de la tan manida frase de K. Von Clausewitz "La guerra es la continuación de la política por otros cauces", sino en un comportamiento determinado por unas posibilidades reales. Discreparemos radicalmente, así mismo, de C. Schmitt en la necesidad de la distinción amigo-enemigo para la existencia de varias concepciones del mundo, o en esa misma línea de Proudhon cuando afirma "quien dice humanidad, quiere engañar". Concepto, el de humanidad, que excluye al de enemigo, ya que el enemigo no deja de ser hombre y en esto no presenta ninguna diferencia específica que justifique su "eliminación".

Tomar una postura clara, activa, en favor de la antítesis del *polemos*, la *irenología*, no supone caer en un optimismo ramplón, bisoño, sino apostar firmemente, y con una convicción, si bien es cierto, no exenta de cierto voluntarismo, en favor de esa paz, de una convivencia humanitaria, que es otra de las facetas que conviven dentro de todo ser social, según el viejo aforismo aristotélico. El estudio de la guerra en sí misma considerada, no determina, en ningún caso, que ésta deba ser consustancial en el devenir social del hombre. Nos situaremos, por tanto, en una posición intermedia en la disputa entre el optimismo y el pesimismo antropológico. Pero eso sí, constataremos que el destino del hombre depende de los actos que él determina.

Volviendo a nuestro pasado, el reto exterior del Islam dotará a la dimensión puramente geográfica de la Edad Media europea de una cohesión cultural y política. Pero tanto en unos como en otros, coexisten diferentes tendencias. Por fortuna serán conflictos.

El primer texto en el que se identifica a los europeos con los cristianos occidentales es la Crónica de Isidoro de Beja o Pacense enfrentándolo a los árabes. La identificación, se produce pues, frente al otro al que se ve como enemigo a combatir.

Así, la Europa Medieval fue ante todo cristiandad, ese es el nutriente del nexo común judeo-cristiano que el occidente europeo

³ SCHMITT, Carl: *El concepto de lo político*. Buenos Aires. Folios Ediciones. 1984.

exportará al resto del mundo. Carlomagno es llamado "jefe venerable de Europa y padre de Europa", pero la *renovatio imperii* de Carlomagno no supuso la creación tras su muerte de una comunidad política europea. Su sueño fue restaurar el Imperio Romano, basado en la Iglesia católica y en la autoridad del Papa, que de hecho quedaba sometido al Emperador. Uno de los argumentos esgrimidos para esta restauración, en el año 800, es que éste puede asumir ese Imperio, ya que en Bizancio reina una mujer, la emperatriz Irene, y por tanto, no cuenta con un verdadero emperador. Karl der Grosse frente a Irene. La unidad desde la supeditación fue imposible.

El caminar de Europa

Latinos y griegos formarán la primera gran escisión del cristianismo tras la herejía arriana. No se trataba de una simple disputa ceñida exclusivamente a problemas religiosos. El odio era extremo. En Constantinopla habían proliferado, como un nuevo género literario, numerosos escritos contra los latinos. Griegos y latinos se acusaban mutuamente de heréticos y cismáticos. A todo ello se añadía un problema militar. Los papas estaban en buena amistad con los normandos tras el Tratado de Melfi de 1059, y los normandos multiplicaron sus intentos para conquistar los enclaves que los bizantinos poseían en Italia. El enemigo, los enemigos, estaban pues, tanto dentro como fuera del amplio espacio geográfico europeo.

Para Héléne Ahrweiler no es exagerado afirmar que la noción de Occidente, como una comunidad humana movida por unos mismos valores, aparece en Bizancio a fines del s.XI; un concepto éste, que no se justifica en la unidad espiritual del mundo occidental y tampoco en su vivencia del Imperio romano de Occidente. Así, es significativo que el término "latino" es empleado por los bizantinos para designar a los pueblos de Occidente, con independencia de su origen étnico y político.

Dicho de otro modo, lo latino es considerado ante todo como una especie de réplica de lo griego. Ambos términos llegarán a designar a dos mundos diferenciados por sus tradiciones culturales y sus propias aspiraciones intelectuales y una vez que su vínculo común, el cristianismo, se haya debilitado, estos dos términos se

verán abocados a designar dos mundos adversos, a pesar de ese pasado común.

En los siglos XII y XIII, la Cristiandad latina aparecía atrasada frente a las otras grandes comunidades, la china, la árabe, y en cierta medida, la bizantina. Pero en el transcurso de cuatro siglos, Europa se pondrá a la cabeza del mundo en la ciencia fundamental y la aplicada o tecnológica, con la masiva aplicación de los inventos a la producción de objetos destinados a mejorar la comodidad de los hombres, a la par que permitían el dominio del mundo.

El brozal, las espuelas, el arcabuz o el astrolabio, exponentes del sincretismo de Occidente, dotaron a las naciones europeas de los instrumentos necesarios para un fin: la expansión. Los problemas internos fueron proyectados al exterior. El mundo se convirtió así, en el terreno abonado a los intereses de las potencias europeas. La Historia se hace desde Europa, que, aparentemente al menos, es incapaz de mirarse a si misma.

Con el Renacimiento y su progresiva secularización, la idea europea pasa a gozar de un sentido político moderno. La aparición de las naciones europeas como entes autónomos enfrentados en una pluralidad de Estados Soberanos y extrovertidos, con unos planteamientos de conquista permanente, hacen de Europa la dominadora del planeta. Ya desde antes de la Edad Media se había advertido la dificultad de aglutinar por la fuerza el espacio geográfico que ocupa la Cristiandad y, ni siquiera los ejércitos de Napoleón, a comienzos del s.XIX, ni los de Hitler ya en el siglo XX, conseguirán unificar el Continente bajo las nuevas banderas imperiales de la Revolución o del racismo.

Una Europa que, a pesar de su división, o quizás gracias a ella, dominó el mundo. Los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX son siglos de hegemonía mundial europea. De tal forma que los imperios coloniales no serán sacudidos como concepto clave en el concierto internacional hasta 1914.

El equilibrio del poder basado en la prosperidad creciente de las economías capitalistas se vio descompensado no sólo por la floreciente fuerza económica y militar de Alemania, sino, y principalmente fue esa la causa, por la opción tomada por las clases dirigentes alemanas de enfrentarse a los problemas interiores generados por la industrialización, la urbanización y la aparición de

un potente movimiento socialista. Como señala Paul Preston⁴, su procedimiento para "la integración negativa" significó en esencia que en lugar de abordar los retos del interior, la clase dirigente alemana prefirió sumergirlos, o mas bien exportarlos, uniendo a la nación contra el espectro del enemigo exterior. Un viejo planteamiento.

Eso sí, identificar este hecho no significa descargar en Alemania la responsabilidad única de lo acontecido en Europa de 1914 a 1945, sino que siguiendo a Preston, se puede ver como otros Estados, aunque en menor medida, intentaron eludir sus problemas domésticos por medios similares. Así, Austria-Hungría, Rusia, Italia, Francia o el Reino Unido siguieron esa misma dirección. En palabras del historiador británico:

"La consecuencia colectiva fue que, entre 1914 y 1945, las energías de Europa se consumieron en una larga guerra intermitente cuyos costes económicos y humanos originarian un desplazamiento de la preeminencia mundial desde los grandes imperios europeos hacia Estados Unidos y la Unión Soviética.

En medio de este caldero de inestabilidad había, en términos muy generales, dos clases de Estados, los que eran suficientemente flexibles, receptivos a la presión popular, más o menos democráticos y con la válvula de seguridad de los imperios coloniales, como el Reino Unido y Francia; y los que tenían sistemas rígidos y autoritarios (si bien aparentemente democráticos), que presidían precariamente sobre sociedades fuertemente inestables, como Alemania, Austria, Hungría, Italia, Rusia o la misma España. En buena medida, entre 1914 y 1945 la bisagra del destino de Europa era, como en efecto sigue siendo, el comportamiento del Estado con la economía más fuerte y dinámica: Alemania".

El choque civilizatorio. El peligro Huntington

Recoger las reflexiones del profesor Huntington⁵ y hablar de lo que él denomina conflictos culturales, las dota de una mitificación en la que, al igual que la *polemología*, ve como natural la confrontación, en este caso, entre *civilizaciones*⁶. Supone, aunque sea de una forma implícita, y es lo que pretendemos

⁴ PRESTON, Paul: "La guerra civil europea" en *Claves de la Razón Práctica*. nº 53. Madrid. Junio 1995.

⁵ HUNTINGTON, Samuel P.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona. Paidós, 1997.

⁶ HUNTINGTON, Samuel P.: "Conflictos culturales." *ABC Cultural* nº37, (2 julio 1993).

desvelar, una suerte de superación del viejo estilo de resolución de conflictos propiciado por el/los nuevo/s modelo/s de ordenación internacional, pero anquilosándose en usos arcaicos.

La evolución de las relaciones interestatales han ido gradualmente dejando paso a una manera "más civilizada" de encarar las diferencias. Desde el enfrentamiento abierto, directo, en pos de la obtención de recursos escasos, hemos visto como la humanidad se ha gestado una nueva forma de disputa económica, que ha vencido gradualmente como mecanismo de resolución de conflictos en el ámbito internacional.

Coincidir con el autor norteamericano en la importancia que la cultura tendrá en las relaciones entre Estados que paulatinamente pierden su hegemonía como actores internacionales. Pero el que las diferencias culturales sean aceptadas como un todo, en la línea de la emergencia de unas culturas mundiales, tal vez permita un progresivo acercamiento a unos nuevos valores basados en la cooperación en lugar del enfrentamiento directo, una coordinación política y económica en un orden internacional más justo. Como Europa ha ido demostrando. En palabras de Savater⁷:

"Las culturas y subculturas son -y deben ser, tal es su encanto- voluntariosamente distintas, pero la civilización humana ya no puede ser más que una en lo esencial, y tal vez en ello estriba lo más noble de la por tantas otras razones sospechosa mundialización".

En cualquier caso, y atendiendo al hoy, si que podemos constatar un predominio de lo ambiguo. Las relaciones humanas, como decíamos, se han modificado lo suficiente tanto en el plano interestatal, cuanto en el personal, en grandes espacios del planeta como para poder empezar a hablar de "otra cosa" aunque sigan siendo lo que eran. Las mutaciones tienden a ocultarse, de ahí por ejemplo, las máscaras de fanatismos que recorren el mundo y que, según lo expuesto, no serían más que el reflejo radicalizado de esos nuevos posicionamientos culturales. Una "contra-revolución" que intentaría buscar su identidad en el pasado (entendido como conflicto o como agravio permanente) como nexo común a todos los fanatismos⁸. Amenaza acechante que hay que valorar en su justa

⁷ SAVATER, F.: "De las culturas a la civilización" en *Rev. Claves de la Razón Práctica*, nº92, (1999).

⁸ TAIBO, Carlos y ELORZA, Antonio: "El mundo amenazado: los integristas". *Historia 16*, nº 221 (Septiembre 1994).

medida, pero que no puede limitar nuestro análisis a un maniqueísmo bisoño.

Centrándonos en el planteamiento que Samuel Huntington desarrolla para avalar la hipótesis de los choques entre civilizaciones, como nuevo paradigma dominante de las relaciones internacionales, señalaríamos como sus principales argumentaciones las siguientes:

- La existencia de diferencias irreductibles entre las civilizaciones configuradas a partir de una historia, lengua, cultura y religión. Unas diferencias que se plasman en la definición de las políticas, y que son potencialmente generadoras de conflictos. A lo largo de la historia los choques culturales han resultado ser los más violentos.

- El marco actual de las relaciones entre estados ha sufrido modificaciones radicales. La multiplicación de las interacciones entre las diferentes civilizaciones contribuye a fortalecer la conciencia de la diferencia. Los movimientos migratorios y los intercambios económicos son más conflictivos cuando proceden de otra cultura.

- El proceso de modernización provocó la ruptura de las estructuras sociales tradicionales y debilitó el Estado-Nación como fuente de identidad. El renacimiento religioso viene a colmar el vacío. Los fundamentalismos cristianos, judaicos, budistas, hinduistas o islámicos son fenómenos que trascienden los límites de las naciones y unifican las civilizaciones.

- Al desempeñar en el campo militar, económico y político un papel dominante, Occidente se enfrenta a las otras civilizaciones que tienen la voluntad y los recursos para marcar la política internacional en términos "no occidentales". Huntington constata, así, una tendencia a la "desoccidentalización" e "indigenización" de las sociedades de las civilizaciones no occidentales. Tras el proceso de descolonización y la creación de Estados-Naciones, las clases altas y dirigentes de los nuevos países que en un principio habían asimilado y promovido el modelo occidental intentan hallar ahora en su herencia cultural una vía alternativa de desarrollo. El proceso de reafirmación de la identidad cultural por parte de los intelectuales se conjuga y refuerza con los anhelos de las clases populares, desconcertadas por el cambio cultural provocado por la modernización de esas mismas sociedades.

- La existencia de lazos culturales comunes facilita una rápida expansión económica. La cultura y la religión vienen a ser las bases

de una sólida cooperación económica que refuerza a la vez la identificación a la civilización de pertenencia. De acuerdo con esta premisa, para Huntington la base cultural confuciana de China podría permitirle imponerse sobre Japón como líder de la economía de Asia del Sur.

Según Huntington⁹, además, la pertenencia a una civilización tendrá cada vez más peso sobre la definición de las estrategias de cooperación y alianza entre Estados. El conflicto del Golfo Pérsico, los enfrentamientos en el Cáucaso, la guerra entre serbios, croatas y bosnios, ha generado nuevos tipos de alianza y apoyo sobre la base de identidades culturales.

El autor considera dos niveles de conflictos: un micronivel protagonizado por pueblos de diferentes identidades culturales que luchan por el control de territorios situados en la imperfecta línea de demarcación entre dos civilizaciones antagonistas, a la que denomina "la cortina de terciopelo". Y un macronivel de conflictos articulados entre las diferentes civilizaciones para el control de las instituciones internacionales, la imposición de su hegemonía militar y económica con la intención de lograr la promoción de sus propios valores culturales.

Huntington, como occidental, identifica a su enemigo; para él, la civilización islámica es la más conflictiva: "el Islam tiene fronteras sangrientas", olvidando que si hay un verdadero agresor a nivel mundial a lo largo de la historia éste ha sido siempre Occidente, con Europa a la cabeza.

Huntington parte de la tesis central de que "las grandes divisiones entre la humanidad, así como la fuente de conflicto dominante, serán de naturaleza cultural... A lo largo de las líneas de fractura entre las civilizaciones se formarán las líneas de batalla del futuro"¹⁰.

Se trata por tanto de circunscribir las relaciones internacionales a un paradigma inflexible y estrecho, algo altamente cuestionable cuando podríamos ver como en la nueva etapa histórica, la interacción entre las siete u ocho civilizaciones de primera importancia (la occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y, posiblemente,

⁹ HUNTINGTON. Samuel P.: "La nueva estrategia USA". Rev. Claves de la Razón Práctica n° 14. (Julio 1990).

¹⁰ HUNTINGTON, Samuel P.: *La Tercera Ola: Democratización a finales del Siglo XX*. Buenos Aires. Paidós. 1991.

africana), puede ser interpretada desde otros planteamientos que no han de pasar inexcusablemente por una nueva era de conflictos, sino de cooperación.

En esa línea, Huntington sostiene que desde la Paz de Westfalia, con la que concluyó en 1648 la Guerra de los Treinta Años en Europa, se han producido tres fases en la evolución de los conflictos:

"Durante siglo y medio... los conflictos del mundo occidental se produjeron en su mayor parte entre príncipes-emperadores, monarcas absolutos y monarcas constitucionales que trataban de ampliar sus burocracias, sus ejércitos, su poderío económico mercantilista y ; lo que es más importante, el territorio sobre el que gobernaban. En el curso de ese proceso, crearon naciones-estado y, a partir de la Revolución Francesa, las principales líneas de conflicto se trazaron entre naciones, en lugar de configurarse entre príncipes... Posteriormente, como resultado de la Revolución Rusa y de las reacciones en su contra, los conflictos entre las naciones dieron paso a los conflictos entre ideologías. Primero entre el comunismo, el fascismo y el nazismo, y la democracia liberal, y después, entre el comunismo y la democracia liberal".

Si este análisis resulta digno de crédito, Occidente, para Huntington, debe "promover una mayor cooperación y unidad dentro de su propia civilización, y en particular entre sus componentes europeo y norteamericano". Asimilando del mismo modo las culturas de Europa Oriental y América Latina, cooperando, donde así fuera posible, con "culturas afines", como la civilización rusa y la japonesa. Se ve así que en el fondo se va dibujando el mero enfrentamiento entre los antiguos motores del progreso económico y los advenedizos recién llegados a una carrera, en la que ya probablemente muy pocos creen, al menos con las mismas reglas.

Huntington rescata, por tanto, la vieja necesidad del "otro" como referencia, identificándolo en este caso con la amenaza que supone la alianza militar de las civilizaciones islámica y confuciana, para lograr así evitar lo que él contempla como un progresivo acercamiento, una alianza que podría acabar en abierta oposición a la hegemonía occidental.

De este modo queda ya suficientemente claro cual es la posición del profesor norteamericano de la Universidad de Harvard en torno al posible nuevo orden mundial. Y el por qué de nuestro análisis preferente a sus posiciones se explica en un momento en el cual la toma de decisiones, en un sentido u otro, de la política

exterior norteamericana y en menor medida europea decantaría el futuro del globo en una dirección que no estimamos la adecuada: la del atrincheramiento defensivo¹¹ o lo que sería más preocupante, la beligerancia abierta.

Analizar los bloques civilizatorios y su pretendida amenaza tal vez ayude a desentrañar otra posición, la del entendimiento basado en el sustrato común de la humanidad.

Aunque sea colateralmente con los planteamientos del pensador anglosajón se abren nuevas posibilidades en el ámbito internacional una vez rota la férrea división entre bloques, sus argumentos ponen a las culturas en primera línea de la reflexión intelectual desde la *globalización*. Algo que podría ser tamizado de tener en consideración a Francis Fukuyama¹², defensor de ese fin de la historia como logro supremo del hombre y basado en la eliminación dialéctica de la confrontación entre el liberalismo y las ideologías totalizadoras como el fascismo y el comunismo. El optimismo de Fukuyama suavizado por su hegelianismo¹³ (del cual discrepamos por su idílica visión de la lógica del mercado unida a la "lucha por el reconocimiento" como explicación de esa tercera, y para él, definitiva e imparable oleada democrática mundial); hace que nos situemos en una posición crítica, escéptica, ante estas teorías; y que reafirmemos la necesidad de una voluntad humana, humanista si se quiere, de construcción común a la hora de configurar un nuevo mundo. Reafirmarnos de igual modo con ello la necesidad del mestizaje, de la hibridación cultural, para hablar así de un verdadero salto cualitativo desde la justicia social y frente al poder omnimodo del mercado. Frente al choque el encuentro entre civilizaciones.

Coincidimos, por tanto, en la importancia que adquiere la visión cultural del mundo a la hora de aprehenderlo, de dotarlo de modelos explicativos, a la par que criticamos parte del paradigma económico cuantitativista dominante como motor fundamental del progreso y base última del pretendido choque civilizatorio.¹⁴

Frente a los peligros fundamentalistas, porque se ha de hablar de ellos en plural en este caso, ya que podemos encontrar

¹¹ HUNTINGTON, Samuel P.: *Islam y Occidente: El replanteamiento de la política mundial*. Conferencia pronunciada en la Facultad de Derecho de la UCM. Fundación General Universidad Complutense de Madrid. Madrid, 23 Mayo 1995.

¹² FUKUYAMA, Francis: *El final de la Historia y el último hombre*. Barcelona Planeta 1992.

¹³ RYAN, Alan (comp.): *A propósito del fin de la historia*. Valencia. Alfons el Magnanim. 1994.

¹⁴ VV.AA. "El desarrollo sostenible en América Latina". *Rev. Síntesis* nº20. (Julio-Diciembre 1993).

representantes de estos fenómenos en cada una de las grandes civilizaciones a las que alude Huntington y, no sólo en algunas de ellas, como maliciosamente se nos intenta hacer ver, encontramos el sustrato común de la tolerancia, del respeto.

Así vemos como desde el tradicional fundamentalismo islámico, profusamente analizado por Huntington, y base de su referente negativo, podemos pasar al nada desdeñable fundamentalismo hindú que trata de establecer el Hindutva, el Estado hinduista y el Ramraya un Estado basado en las enseñanzas del dios Rama, y cuyo objetivo declarado sería revivir el Estado Sagrado del Bharat (Bharat es entre otras cosas el nombre que en hindú designa a lo que conocemos como República de la India), o de ahí acercarnos a la Rusia de Putin como exponente sarcástico del resurgir de las posiciones eslavófilas y del auge de las "Centurias Negras"¹⁵. Todo ello contribuiría a conformar un cuadro que podría cerrarse con el Nuevo Contrato de los Republicanos norteamericanos, o el rebrote de la xenofobia europea con Le Pen¹⁶ como principal figura.

Lo cierto es que junto a estos abanderados de la irracionalidad, lo que para nosotros no son sino exponentes radicalizados de los conflictos "culturales", podemos encontrarnos con lecturas radicalmente distintas de esos postulados culturales, de tal forma, que el hinduismo, por ejemplo, contiene en su acervo histórico suficientes planteamientos como para ser susceptible de su utilización para imponer una ética de la no violencia y la tolerancia, como muy bien comprendió Ghandi.

Pero de nuevo debemos hacer una salvedad: la cuestión no sería si los seres humanos son organismos biológicos dotados de unas características intrínsecas similares, ni tampoco si en el funcionamiento de sus mentes existen unos rasgos comunes que sean independientes del lugar en que viven. Lo verdaderamente importante es cómo podemos utilizar estas realidades indubitables a la hora de lograr una convivencia armónica. De ahí la necesidad de apoyarnos en la cultura, las culturas, en la *paideia*, como palanca de cambio. Si llevamos un animal bajo la piel y la mente humana es la misma en todas las culturas, la confrontación, es, por

¹⁵ LAQUEUR, Walter: *La centuria negra, los orígenes y el retorno de la extrema derecha rusa*. Barcelona 1992.

¹⁶BENOIST, Alain de y FAYE, Guillaume: *Las ideas de la " Nueva Derecha"*. Barcelona . Nuevo Arte. 1986.

tanto, fundamentalmente interna.

El problema radicaría en que la voluntad de superación de los enfrentamientos no se concreta en un empeño único y coordinado sino en una confusa variedad de ellos, cada uno imponiendo sus propias razones y empujando en distinta dirección. Como señala Clifford Geertz¹⁷: "El pecado puede ser uno, pero las vías de salvación son muchas" . Este mismo autor, analizando el relativismo, recoge de Robin Horton un planteamiento sugerente en el plano antropológico, según él, hay una base "cognoscitiva común", una "teoría primordial" que, con variaciones sólo de detalle, está presente en todas las culturas; según esta "teoría", el mundo estaría lleno de objetos duraderos de tamaño medio, relacionados entre sí según un concepto de causalidad del tipo "empujar-tirar", cinco dicotomías espaciales (izquierda/derecha, encima/debajo, etc...), una tricotomía temporal (antes/al mismo tiempo/después) y dos distinciones de categoría, fundamentales para lo que aquí nos ocupa (humano/no humano, yo/otro), cuya existencia garantizaría que el relativismo está destinado a fracasar, mientras que el universalismo, tal vez, pueda triunfar un día.

Frente al planteamiento anteriormente esbozado de Huntington, en cuyo análisis se esconde una necesidad de predominio del eurocentrismo ante la paranoia, sin duda basada en justificadísimos razonamientos academicistas tales como la presión demográfica, el auge de los fundamentalismos, o el inestable orden internacional tras el fin de la bipolaridad, podríamos destacar posiciones como las de Vicenç Fisas Armengol¹⁸. Según el cual, los conflictos actuales son de carácter interno y debidos fundamentalmente a factores étnicos, religiosos, fronterizos, de subdesarrollo, etc. En definitiva su génesis radica en la desigualdad.

Lo peligroso, bajo nuestro punto de vista, no es esa búsqueda de la VERDAD académica, científica... sino que un modelo, el del rearme del período Reagan, cuyo exponente más nítido fue centrado en el empuje de la carrera armamentística, con la denominada "guerra de las galaxias" como ejemplo más llamativo, de cuya eficacia (unida a otros muchos factores¹⁹) no cabe dudar en la caída de los regímenes comunistas, se vuelva a

¹⁷ GEERTZ, Clifford: *Revista de Occidente*. nº169 (Junio 1995).

¹⁸ FISAS ARMENGOL, Vicenç: "El desafío de Naciones Unidas". *Icaria*. Barcelona. Seminario de Inv. para la Paz 1994.

¹⁹ CASTELLS, Manuel: *La nueva revolución rusa*. Madrid .Edit. Sistema. 1992.

extrapolar a un mundo, que como muy bien señala S. Huntington, es radicalmente distinto, y en el cual, el predominio militar no se traduce automáticamente en una hegemonía económica. Conceptos de la guerra fría tales como el de *suficiencia razonable*, *defensa suficiente* en la URSS, o *disuasión mínima* en el bloque occidental, son exponentes de otras vías a la hora de encarar la "defensa de los intereses en el orden internacional".²⁰

El otro como parte de uno mismo. El fin de una ilusión

Analizar nuestras propias contradicciones, permitirá sin duda al mercado, sustrato de la sociedad democrático-liberal, superar, apoyada en su capacidad de adaptación, los nuevos cambios tras su pretendida victoria sobre la planificación centralizada. ¿Victoria o desplome?. He aquí una de las grandes preguntas que se habrán de responder a lo largo de los próximos años²¹.

En palabras de François Furet²² podríamos decir que el intento de maximización de beneficios políticos intentado por el régimen soviético hizo que:

"Cette quadrature du cercle philosophique - réconcilier le marxisme avec l'idée des <droits de l'homme> - est tout aussi insoluble dans l'ordre historique, puisque la dictature du parti unique constitue l'instrument commun de tous les régimes communistes existants".

Retomamos por tanto la esencia de estas páginas cuando constatamos que sólo desde la intransigencia se puede intentar cuadrar un pretendido espíritu abierto, con unos hechos tendentes a la identificación automática del adversario, sea este real o imaginario²³.

Esa *gran mentira*, basada en un intento de control total sobre la sociedad, choca con la supervivencia de culturas políticas

²⁰ TAIBO, Carlos: *La disolución de la URSS. Una introducción a la crisis terminal del sistema soviético*. Barcelona. Edit. Ronsel., 1994.

²¹ COTARELO, Ramón: "Crisis y hundimiento del comunismo". en *Historia de la Teoría Política*. Vol.VI. Madrid Alianza. 1994.

²² FURET, François: *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe siècle*. Paris. Edit. Robert Laffont. 1995.

²³ ROSSET, Clément: *Lo Real y su doble. Ensayo sobre la ilusión*. Barcelona. Ed. Tusquets. 1993.

anteriores que actúan, según los casos evidentemente, como cuñas. El *agitprop* leninista estaba basado en una "buena" respuesta de la opinión pública. Si por el contrario, la madurez política, unida a unos mínimos de libertad y pluralidad, articula la suficiente capacidad para poner en discusión los postulados en la que pretende sustentarse, su eficacia es sensiblemente inferior. Afirmar que sólo queda un modelo válido de desarrollo económico y de organización política, es asumir, así mismo, que mercado y democracia son términos sinónimos. Algo que vendría avalado por el fracaso del voluntarismo político frente a la lógica aplastante de los constreñimientos económicos. Pero este pensamiento "conservador", que ha arraigado con fuerza en los países más desarrollados, olvida con facilidad que la democracia, como cultura política, es un proceso de aprendizaje al que hay que mimar, observándolo. Se pueden profesar convicciones democráticas y observar comportamientos autoritarios.

La política, la economía y la sociedad fueron sacudidas en 1989. Tanto a un lado como al otro del viejo "Telón de Acero", los entramados sociológicos de nuestras sociedades se han visto profundamente conmocionados. La simplicidad del mundo bipolar ha dado paso a una implosión en la que podríamos insertar las reflexiones del profesor Huntington. Nos enfrentamos pues, a una época en la que se están produciendo cambios organizativos y mentales de gran calado.

En gran parte del planeta se está intentando la reconstrucción del ámbito sociopolítico por un lado, y paralelo a éste, se produce la inevitable invención de la economía de mercado. Etienne Balibar²⁴ habla de una experiencia ambigua en torno a un proceso que mediatiza a Europa, y nos atrevemos a decir, al mundo. Se ha pasado de un optimismo, casi orgiástico, a la constatación de la irreversibilidad del cambio pero sin saber cuál es el sentido de este cambio.

Huntington intenta con sus planteamientos dar una respuesta sustentada en una nueva *Teoría de Conflictos*. El fin del comunismo es fundamentalmente el fin de la modernidad política abierta con la Revolución Francesa (dominada por conceptos claves como el de revolución). Hablamos, por tanto, de un cierre de ciclo, y se trataría de desentrañar si ese final supone el inicio de algo

²⁴ BALIBAR, Etienne: "Les temps modernes. L'Europe après le communisme" en *Les Frontières de la démocratie*. Paris. La Decouverte. 1992.

realmente innovador, como en este caso se defiende, o por el contrario, una pequeña modificación para que todo siga igual en la vieja tradición lampedusiana, base del pragmatismo político.

Entrar en un proceso de normalidad política acabando con la excepción (plasmada en la utopía totalitaria, el maquiavelismo o el jacobinismo) barrería de raíz las excusas de los politólogos y sociólogos occidentales, que en buena parte elaboraron sus teorías como la imagen invertida de la ideología oficial del extinto régimen comunista, o que por el contrario, alumbraron modelos explicativos del advenimiento de la sociedad socialista tras la caída del capitalismo. Con un envidiable olfato prospectivo.

Un fracaso, el del comunismo, que no destierra del mundo político la esperanza de un futuro alternativo²⁵ basado en la libertad, la igualdad, y la no suficientemente valorada fraternidad. En definitiva, en la necesidad de un desarrollo pleno del potencial individual referido a la colectividad.

La ruina de las concepciones estáticas de la Verdad supone el renacer de la historia de la política tras el derrumbe de la antigua URSS. Una necesidad, se podría argüir, que se convierte en inexcusable si lo que se pretende es atajar a tiempo los peligros que se vislumbran en el horizonte social. La cultura política puede, y de hecho debe apostar, como señala Alain Touraine, por la reconstrucción de un lugar/es político/s de negociación de intereses, evitando favorecer el realineamiento en bandos enfrentados. Debe escapar, sin ambages, de los cantos de sirena sustentados en la identificación fácil del adversario, del enemigo.

El humanismo ¿reto o necesidad?

Las glorias europeas de la razón y la creatividad, los Shakespeare, Cervantes, Goethe, Victor Hugo o Pessoa, surgidos de las fuentes judaicas, helénicas y romanas, cohabitan con las venganzas de las fuerzas inhumanas que han hecho presa en el s. XX.

La doncella del mito fundacional llevaba puesta la máscara de hechicera cruel, el toro se ha convertido en un minotauro ávido de sangre. El nexos común judeo-cristiano tenía tres pilares fundamentales que tras la I Guerra Mundial se baten definitivamente en retirada la idea de dios, la de ciencia y la de progreso.

²⁵ BOBBIO, Norberto: *Izquierda y Derecha*. Madrid. Edit. Taurus. 1995.

La primera y la última ceden frente a la fuerza de una razón de carácter utilitarista-cientifista pragmática a la que se magnifica. Dios y el progreso han desaparecido y la ciencia se transmuta en técnica.

La hecatombe de 1939 acaba generalizando, lo que en el período de entreguerras era sólo el pensamiento pesimista de unos pocos intelectuales. Europa ha concluido su vuelo imperial y ensimismada intenta recuperarse, anhelando ver el por qué de su fracaso. Los europeos pasaron de dominar el mundo a ser ocupados y fragmentados en dos mitades separadas entre sí por un "telón de acero", utilizando la célebre expresión de Winston Churchill. Pero sabedores de su potencial.

El europesimismo de la primera posguerra, que encuentra en la obra de Spengler, *el declive de Europa*, una de sus máximas expresiones, es compensado por la aparición de nuevas concepciones europeístas basadas en la creencia de que es posible salvar a Europa superando las diferencias nacionales y embarcándola en una política positiva y supranacional. Creando a tal fin un reducto de paz en el que el diálogo democrático imperase.

La idea de PAN EUROPA del aristócrata austriaco Richard N. Coudenhove-Kalergi se alimentaba de la inexcusable necesidad de una unidad europea para evitar "ser devorados por las potencias mundiales en pleno crecimiento". Como vemos parte del viejo concepto de unidad frente al adversario común. Paz y crecimiento económico están en la raíz de sus planteamientos. Se camina, pero no se sabe hacia dónde. Así, la construcción europea se basará en lo económico como tronco común que sustente la unidad europea al igual que en las viejas polis griegas, evitando así, el fantasma de la guerra. La CECA y el Plan Schumann se alimentan de ese pragmatismo. Pero son también muestra del aliento idealista que insufla el proyecto como muestra la declaración conjunta de la CECA, fueron conscientes de: "la contribución que una Europa organizada y viva puede aportar a la civilización". Y para ello eran necesarios hombres como Robert Schuman, "la rectitud, la convicción intrépida".²⁶

Coudenhove-Kalergi denuncia el nacionalismo y parte de la reconciliación franco-alemana como la condición previa de la paz europea. Figuras que van desde Unamuno y Ortega hasta Rilke o Albert Einstein secundan las propuestas del Pan-europeísmo. Para

²⁶ URI, P.: "El Plan Schuman explicado por Pierre Uri". *Le Monde*, 9 de mayo de 1975.

el austriaco, la Nación Europea resultante de la unidad de la cultura occidental, no había en ningún caso de destruir los grupos políticos y lingüísticos existentes. El francmasón observó, sin embargo, como la recepción de sus ideas, en su propia nación, era tamizada por la coyuntura específica en la que estaba inserta. Contempló como cada nación hacía una lectura de sus tesis en función de su situación concreta, el profederalismo que auspiciaba quedo diluido, vacío de contenido.

Una idea, la idea federalista²⁷, que como concepción filosófico-política podría ser una interesante sugerencia, a la hora de articular un nuevo marco de relaciones interestatales, capaz de superar las carencias de la ONU. Algo que ya ha sido un problema a lo largo del proyecto europeo, pero evitando el debate entre federalistas y funcionalistas no se solventa el futuro político de la Unión Europea, un futuro prometedor²⁸.

Los primeros fallos del europeísmo militante que siguió a la publicación de *PanEuropa* se deben en gran medida a un cierto miedo a la opción europea, la Europa como patria, los Estados Unidos de Europa, etc, animan, animaron la idea, pero no llegan a convertirse en una realidad políticamente eficiente. No ocurrió lo mismo con el terreno económico, realidad eficiente, la Unión Económica y Aduanera Europea fundada en 1926 y anticipo de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, la C.E.C.A. de Robert Schuman, fue creada en 1950 sobre la base de una Europa unida por criterios funcionales y no federales. Su vocación, como Europa Comunitaria, es continental, eso sí, con la intención de crear un espacio de libre mercado.

Jean Monnet defendía el ataque a las soberanías nacionales con más audacia, y en algunos puntos más limitada. Propugnaba relaciones cada vez más pragmáticas, pero al mismo tiempo más ambiciosas. La ambigüedad de los mentores, y de su posterior evolución, es pues, clave a la hora de analizar el proceso de institucionalización de esa longeva Idea europea. Pero su avance sustancial es incuestionable.

En 1947 tras el ofrecimiento de ayuda americana a través del Plan Marshall, cuya principal condición fue la elaboración de un programa común de reconstrucción y la distribución adecuada de

fondos, se crea la Organización Europea de Cooperación Económica. En la práctica, la primera institución de integración de Europa occidental.

El 5 mayo de 1949 se firma el Estatuto del Consejo de Europa, que no satisfizo a los federalistas dado su carácter consultivo, pero que atestigua "el Principio de Legitimidad" y cimenta la unidad europea como producto de una "herencia común", la de la libertad individual, la libertad política y la preeminencia del derecho como fundamentos de la democracia.

Los dos grandes ejes de la unificación política europea: el formado por Gran Bretaña - Francia y el eje configurado por Alemania - Francia adolecen hoy de algo que les impulsó en el pasado reciente, de algo que les ha dotado de sentido durante los últimos años y que está en la raíz, como hemos ido viendo, de la idea europea la necesidad de un potencial enemigo exterior que les haga ir a más. Europa sufre un replanteamiento involuntario de su propia esencia tras la caída de los regímenes totalitarios del Este. Pero ese replanteamiento supone una oportunidad a la hora de empuñar el timón de la nueva embarcación europea.

Tanto el eje anglo - francés cuanto el franco - alemán, unido a otros con menor peso, parece que necesitan identificarse frente a los otros, y aparentemente, no resulta suficiente con el mero planteamiento competitivo en el terreno económico para conseguir aunar voluntades. Carecemos de un enemigo exterior que aglutine gregariamente a los europeos. Lo que se empieza a calibrar como un posible choque civilizatorio en grandes bloques, en un principio económicos, es un reto a superar en esa búsqueda; y el papel de Europa en ésta, que podría ser su última batalla, debe ser la propuesta kantiana de la paz perpetua en un marco de tolerancia, de respeto.

La unidad de los Estados no tiene por qué suponer la fusión de todos ellos en uno sólo que posteriormente sea como todos ellos pero en grande, sino el mantenimiento de la pluralidad sometida a la soberanía del derecho. Recogiendo de las ideas, de los pensadores, un sustrato en el que cimentar planteamientos que surjan de un humanismo combativo como génesis de un mundo distinto. Así Vaclav Havel afirmaba:

" Deberíamos hacer una civilización multicultural que esté representando las raíces espirituales de las diferentes culturas. Una de las amenazas más graves contra la nueva civilización es la neutralidad moral. Quiero decir, que todo lo que existe, todo lo que inventamos, puede estar al servicio de la

²⁷ MARC, Alexandre: *El Porvenir de Europa y otros ensayos*. Madrid. CEC., 1994.

²⁸ RUBIO LLORENTE, Francisco.: "El futuro político de Europa" en *Rev. Claves de la Razón Práctica*, nº89 y 90. (1999).

humanidad o destruirla, y por eso es tan importante que esa parte verdaderamente humana que inventa, que es la razón, esté al servicio de esa otra parte que está confiando detrás de ella, que es la espiritualidad humana, la conciencia crítica".

Europa, los viejos europeos con sus ideas y creaciones aún tienen mucho que decir.

LOS PADRES DE EUROPA : LA TENDENCIA CATÓLICA Y LA TENDENCIA LAICA.

María Antonia Martín Díez.
Profesora Titular de Ciencias de la Información.
Universidad Europea de Madrid.

Santiago Petschen Verdaguer.
Catedrático de Relaciones Internacionales.
Universidad Complutense

El proceso de construcción de Europa tuvo un impulso inicial de signo católico. En dicho impulso tuvieron principalmente que ver determinados dirigentes políticos que trabajaron en la formación de la unión de Europa. La tendencia laica estuvo también representada desde el primer momento. Se produjo así, de esa forma, un complemento cuasi-generacional: Schuman, Adenauer y De Gasperi por una parte; Monnet, por otra. El grupo marcado por el catolicismo reflejaba políticamente un tipo de actitudes profundas, sólidamente enraizadas, que facilitaron el europeísmo. Resulta de interés observar que, en las conversaciones previas a la creación del Consejo de Europa, países de tradición católica como Francia y Bélgica, quisieron establecer una Asamblea de rasgos supranacionales y que países de tradición protestante (Gran Bretaña, a la que se unieron los escandinavos), optaron por que se formase un Consejo Intergubernamental de Ministros¹. En el estudio que hace Haas sobre la primera experiencia integradora de Europa, la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), los partidos que aparecen más claramente favorables a su creación son los demócrata cristianos². Hay todavía más. Incluso en nuestra década, las regiones católicas del occidente de Europa han tendido a ser más europeístas que las protestantes o las de otras tradiciones ideológicas. Los resultados en Francia del referéndum de Maastricht -celebrado en el mes de septiembre de 1992-, mostraron una diferencia entre regiones católicas (este, oeste y sureste del Macizo central), y regiones de arraigo republicano (cuenca de París; hinterland de Marsella)³. En las regiones católicas -acostumbradas a la existencia

¹ BRUGMANS, Henri. *La Idea europea. 1920 - 1970*. Madrid. Ed. Moneda y Crédito. 1972, p. 142.

² HAAS, Ernst B. "El reto del regionalismo". HOFFMANN, Stanley H. *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Madrid. Tecnos. 1963. p. 285.

³ TODD, Emmanuel. *La Invención de Europa*. Barcelona. Tusquets Ed., 1995. p. 14.